

LA DIMENSIÓN SOCIAL DE *EVANGELII GAUDIUM*

Evangelii Gaudium (en adelante EG) es un auténtico programa del pontificado del Papa Francisco. La dimensión social de la fe es clave en este documento por ser garantía de la autenticidad de la evangelización. A la hora de formular la visión de Francisco de esta dimensión social podemos destacar varios puntos. En el estilo de EG se aprecia una apropiación original de las intuiciones de la teología de la liberación y una recuperación del modelo de magisterio de Pablo VI. En su contenido se aprecia una clara denuncia del sistema económico liberal actual y una propuesta para incluir a los pobres en nuestra sociedad.

Proyección 253 (2014) 177-194.

Introducción

El pasado 24 de noviembre de 2013 el Papa Francisco publicaba la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* como documento final del Sínodo de los Obispos sobre “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”. EG es el primer documento importante escrito íntegramente por Francisco y supone un programa de su pontificado. En este artículo vamos a centrarnos en la dimensión social de la fe, que es una clave hermenéutica muy importante del pensamiento de Francisco y de su visión de la evangelización: “Ahora quisiera compartir mis inquietudes acerca de la dimensión social de la evangelización porque si esta dimensión no está debidamente explicitada, siempre se corre el riesgo de desfigurar el sentido auténtico e integral que tiene la misión evangelizadora”. Así pues,

la dimensión social no es solo un tema colateral interesante sino que para Francisco se trata de una auténtica garantía de la autenticidad de la evangelización.

Visión general de la exhortación

EG quiere invitar a comenzar una etapa evangelizadora nueva en la Iglesia que lleve la marca de la alegría del evangelio (EG1). Nos fijaremos no en los diversos capítulos de la Exhortación sino en aquellos temas que Francisco enumera explícitamente. En EG 17, el Papa identifica los temas que ha querido tratar: la reforma de la Iglesia en salida misionera, las tentaciones de los agentes pastorales, la Iglesia entendida como la totalidad del pueblo de Dios que evangeliza, la homilía y su preparación, la inclusión social de los pobres, la paz y el diá-

logo social, las motivaciones espirituales para la tarea misionera.

Un primer rasgo que es importante resaltar es el profundo humanismo en la aproximación de Francisco a los diferentes temas. Esta aproximación humanista a las realidades religiosas se expresa como un “vivir a fondo lo humano” (75). En vez de un lenguaje exigente basado en la realización de objetivos, el Papa plantea más bien un lenguaje sapiencial, con influencia de las reglas de discernimiento de espíritus de los ejercicios espirituales de San Ignacio (cfr. 50-51): la alegría que proviene del encuentro con Jesús.

Desde este humanismo propio de Francisco, y para dar el contexto de su tratamiento de la dimensión social, es importante destacar

la visión de la moral del Papa en EG. El Papa rechaza de manera clara una comprensión de la moral como mero estoicismo o como visión aislada de las normas de la Iglesia sin integrarlas en el conjunto de la visión de fe (39). Por el contrario, afirma explícitamente que entiende la moral como la respuesta a un Dios amante que nos ama, lo cual nos lleva a buscar el bien de otros (39).

Para el Papa la dimensión social y la promoción humana son algo esencial a la evangelización (178). La razón es que el bien que recibimos en el encuentro con Dios y con Cristo nos saca de nuestra auto-referencia y conciencia aislada (9) y nos hace buscar el bien del otro. El mismo *kerygma* cristiano es básicamente social (177).

PRINCIPALES TEMAS DE LA DIMENSIÓN SOCIAL DE LA EXHORTACIÓN

Síntesis personal y creativa de las intuiciones de las teologías de la liberación

En la exhortación EG encontramos una sintonía con las categorías principales de las teologías de la liberación que colorea todo el documento. Sin embargo esta cercanía va unida a una cierta distancia crítica, fruto de su larga experiencia pastoral. Francisco conoce bien las posibilidades de esa corriente, pero también los excesos que se han producido en su

aplicación práctica. Esta experiencia le permite discernir algunos puntos que hay que matizar en esta línea teológica.

Es fácil identificar la presencia de términos importantes de esta corriente teológica, por ejemplo, el poner en primer plano las implicaciones sociales de la fe como prueba de su autenticidad (176), así como colocar a los pobres como centro de las preocupaciones de la Iglesia. Francisco afirma explícitamente que los pobres son una auténtica categoría teológica (198) y

que ellos marcan la urgencia pastoral. El Papa afirma que “quiere una Iglesia pobre y para los pobres” y que los pobres tiene un *sensus fidei* especial (198).

Otras conexiones evidentes de EG con las teologías de la liberación serían las múltiples citas al papel de la justicia como exigencia de la vida cristiana y el uso explícito de otras categorías como la del pecado estructural (59, 202).

Es importante caer en la cuenta del uso que hace Francisco de una categoría clave del Vaticano II y de la teología de la liberación: el Reino de Dios (180-181). Así muestra cómo la predicación de Jesús no implica solo una relación personal con él ni siquiera solo acciones buenas puntuales, sino todo un proyecto social nuevo (180). Por tanto, por medio de la categoría de Reino de Dios, Francisco conecta el mensaje del Evangelio con las consecuencias de éste en las estructuras sociales. Sin embargo, hay una repetida llamada de atención de Francisco sobre el peligro de ideologizar la fe (39, 57, 199, 208).

Según el Papa, no puede haber cambio de las estructuras si no hay cambio en las actitudes personales, en las virtudes (189). La opción por los pobres, según EG, no es solo puro activismo, sino atención amante y valoración personal (199) y, por ello, atención también a sus necesidades espirituales (200).

Recuperación del modelo de magisterio de Pablo VI

También es muy interesante resaltar las múltiples citas de documentos de Pablo VI principalmente de *Octogésima Adveniens*, como por ejemplo la siguiente: “Frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única como también proponer una solución de valor universal. No es nuestro propósito ni tampoco nuestra misión. Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio (OA, 4)”.

En este sentido, Francisco afirma explícitamente en EG 16: “No es conveniente que el Papa reemplace a los episcopados locales en el discernimiento de todas las problemáticas que se plantean en sus territorios”. Tal vez se expresa aquí la sensibilidad de un Papa que, originario de una cultura no europea, ha visto las dificultades de adaptación del mensaje de la Iglesia a los diferentes contextos.

El documento de Pablo VI más citado en EG es *Populorum Progressio*. De esta encíclica, Francisco toma sobre todo la idea de desarrollo integral como objetivo de la economía y de la vida social. En este sentido, al contrario de los teólogos de la liberación, parece privilegiar la categoría más positiva de “desarrollo integral”, sobre la más conflictual de “liberación”.

Desde siempre ha habido conciencia de que Pablo VI, en su esfuerzo por implementar el Concilio Vaticano II, había abierto caminos que aún no se habían transitado. Francisco podría recuperar esta dirección que parecía haberse quedado de lado con Juan Pablo II y la teología de Benedicto XVI, aunque retomándola sin la ingenuidad con que se vivió en los años 70.

Fuerte crítica al paradigma económico liberal actual: la “globalización de la indiferencia” (53)

Si hay algo claro en la dimensión social de la exhortación es que el Papa adopta una postura crítica frente al paradigma socio-económico más en boga actualmente: el liberalismo económico. Este paradigma sería aquél que, en palabras de EG, defiende la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera (56). El Papa se refiere a ella no como una escuela de pensamiento científico, sino como una ideología. Describe esta postura como “economía de exclusión” (53) y teológicamente como “idolatría del dinero” (55) y como “dinero que gobierna en lugar de servir” (57). Con esto muestra el mismo rechazo ante esta línea de pensamiento que el que la Iglesia ha podido mostrar en el pasado hacia posiciones marxistas. Culpa a la imposición ciega de este paradigma del fenómeno de ex-

clusión de los pobres (202-208) y llega a decir que es una economía “que mata” (53).

Francisco no está introduciendo ninguna novedad en el magisterio social. Ya Benedicto XVI y Juan Pablo II habían pedido la reforma radical de este sistema económico, como causa de la crisis y de muchos males humanos y culturales (cf. *Caritas in Veritate*, 34-39). Tal vez la particularidad de Francisco es la claridad meridiana y la urgencia de su crítica de este paradigma, fruto de la preocupación por los pobres que sufren al ser excluidos de la sociedad.

El Papa denuncia los siguientes axiomas del modelo económico ultra-liberal actual: libertad económica como un absoluto, la teoría del derrame, el rechazo sistemático de la intervención del Estado, la ignorancia del bien común o de la ética en la economía, la reducción del ser humano al consumo (53-54; 202-203). Frente a esta posición radicalmente liberal, el Papa sugiere que la política y la sociedad han tener un cierto control de la economía, velando por el bien común (56), ha de haber controles y límites a la acción de los mercados (56), se ha de reconocer la dimensión ética de la economía (57), una reforma financiera basada en la ética (58), lucha contra la corrupción (56), lucha contra la inequidad social (59), fomento del empleo y promoción de los pobres (204). Todo esto son elementos del modelo tradicionalmente propuesto por el pensamiento social cristiano.

El Papa va más lejos aún en su denuncia: afirma que la puesta en práctica de dicho sistema económico implica todo un sistema socio-cultural (54ss). La economía actual produce la exclusión de aquellos ciudadanos que se consideran sobrantes porque no contribuyen al sistema. El objetivo del sistema vigente es llevar a las personas a “entusiasmarse con el egoísmo” (53). Este paradigma económico tiene tal visión del hombre que acaba provocando lo que Francisco apostilla como “la globalización de la indiferencia (53).

Estamos no solamente en una crisis del paradigma económico sino de una “crisis de lo humano” (55), opuesto a la alegría del encuentro con Cristo que queremos compartir al evangelizar (2).

Tres líneas de investigación: inclusión de los pobres, paz social y diálogo

La categoría de “exclusión” no se había utilizado nunca en el magisterio social. Esto implica una toma de postura sobre el origen de la pobreza: la pobreza es fruto de unas estructuras sociales que expulsan a algunos miembros. Esto concreta la definición de pecado estructural que el Papa utiliza en algún momento.

La respuesta a esta exclusión de los pobres y su inclusión en la sociedad, supone un esfuerzo en va-

rios niveles. En el nivel espiritual hay que descubrir el gozo espiritual en la pobreza, así como también descubrir a Dios en los más pobres. A nivel más práctico, la cercanía a los pobres nos implica una conciencia clara de sus necesidades y suscita un esfuerzo para cubrir las. La respuesta a estas necesidades no se limita a darles bienes materiales sino que hay que darles voz y aprender de ellos (198).

Este estar cerca de los pobres y más atento a sus necesidades provocará necesariamente conflictos en la sociedad. La conciencia de la injusticia y de la opresión no debe llevar a la amargura. Por eso el Papa presenta como salida a esta situación de conflicto la categoría del diálogo (205). El medio último para mejorar la sociedad es el diálogo, del que el enfrentamiento solo puede ser un paso intermedio. Este diálogo debe hacerse con el Estado, con la sociedad y con las otras religiones (238).

Con esta propuesta de solución a partir de categorías como diálogo, bien común o paz social parece distanciarse de otras posturas más duras que presentan el conflicto social como única solución.

La paz social: cuatro principios para “convertirse en pueblo”

Francisco formula la búsqueda de la paz social con una expresión

original: que los ciudadanos se “hagan pueblo” (220-237). Los ciudadanos han de evitar ser masa. Convertirse en pueblo exige “querer integrarse hasta desarrollar una cultura del encuentro en armonía” (220).

El Papa señala cuatro principios para “hacerse pueblo”: el tiempo es superior al espacio (222-225); la unidad prevalece sobre el conflicto (226-230); la realidad es más importante que la idea (231-235); el todo es superior a la parte (234-237).

El principio del tiempo como superior al espacio es una llamada a los dirigentes a no privilegiar sus propios intereses sino a mirar por el bien de la sociedad con iniciativas de mejoría social que se extiendan en el tiempo, con auténtica visión a largo plazo. El principio de la unidad que prevalece sobre el conflicto es un consejo sabio: no debemos quedarnos instalados en el conflicto sino que hemos de buscar una armonización de las diferencias (226-230). El tercer principio, según el cual la realidad es más importante que la idea, es una llamada de atención frente al peligro de la ideologización. Las ideologías han de ser confrontadas con la realidad para responder a ésta. Finalmente, el principio de que el todo es más importante que la parte busca integrar los horizontes sociales particulares en otros horizontes mayores. El Papa lo aplica en concreto a la globalización que no debe ser entendida como imposición de un modelo social unifor-

me, sino como inclusión que lleva a algo mayor. Estos cuatro principios han de conducir a “la construcción de un pueblo en paz, justicia y fraternidad” (221).

Conclusión

Estos cinco puntos que destaco de EG nos permiten tener una visión de conjunto de cómo comprende Francisco la dimensión social de la fe y de la evangelización que intento sintetizar en esta conclusión.

Lo primero a destacar es que con Francisco nos encontramos con un Papa con una honda preocupación social, como parte integral de su experiencia de fe. No puede entender la una sin la otra. El Papa parte de un trabajo integral con los pobres que incluye tanto la atención social como la espiritual y el encuentro humano.

En segundo lugar, la urgencia que produce la experiencia de la injusticia y la pobreza, le llevan a reconocer, en las teologías de la liberación, intuiciones insustituibles para leer cristianamente la realidad social de nuestro mundo.

Finalmente, el Papa toma de estas bases las intuiciones que le permiten proponer principios positivos para mejorar la vida de la sociedad. Esta actitud positiva no le impide denunciar con todo rigor el paradigma económico que marca negativamente la sociedad moderna.

En este sentido, dentro de la evolución del magisterio de la Iglesia, Francisco recupera la línea trazada por Pablo VI de un magisterio más abierto al mundo y más humanista. Pero también recoge la prudente reserva, e incluso denuncia, frente a dinámicas de la sociedad moderna que entran en conflicto con el evangelio.

En cualquier caso estamos ante un Papa para quien lo social, en-

tendido como cercanía y preocupación por los pobres, es una garantía de la calidad de la fe y la evangelización. Que esta visión del Papa cale hondo en todo el pueblo de Dios a fin de que podamos responder plenamente a la llamada de Francisco en sus palabras: “salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (20).

Condensó: RAMON RIBAS BOIXEDA, S.J.

“Al decir esto no pienso tanto en que aquí y acullá (y, acaso, no pocas veces) se confunde renovación con dilución y abaratamiento del conjunto; que en algunos casos uno se refugia en la euforia de la creación litúrgica eludiendo así la exigencia mucho más profunda del culto y menoscabando y desacreditando el gran anhelo de una auténtica reforma; que algunos parecen preguntar no tanto por la verdad cuanto por la modernidad, a la que aparentan considerar como norma suficiente de toda acción. Todos estos son peligros muy reales y el salirles al paso no es cosa para dejarla en manos de los integralistas y adversarios de toda innovación,....

Creo, en efecto, cosa importante, sin perjuicio de toda la euforia por la obra reformadora del Concilio, no pasar por alto esa cierta dosis de injusticia ni aquel dejo de fariseísmo que tan fácilmente se infiltran en esta actitud. Ciertamente, el Concilio nos ha hecho conscientes hasta qué punto la Iglesia en una nueva situación había realmente menester de una renovación intrínseca. Mas no por esto debe echarse al olvido que la Iglesia en todo momento siguió siendo Iglesia y que siempre también se pudo hallar en ella el camino del Evangelio, y de hecho se halló”.

J. RATZINGER, *La Iglesia en el mundo de hoy*, Buenos Aires 1966